

Puntos polémicos sobre Indoamérica

Colaboración de HAYA de la TORRE

En este peregrinaje amable que voy haciendo por los países nor-europeos, la misión que me lleva de universidad en universidad, de tribuna en tribuna o de coloquio en coloquio, aquí y allá, con gente de toda extracción y grado cultural, comporta un aprendizaje equiparable al de muchos maestros y muchas bibliotecas. El europeo de toda edad y clase tiene siempre, además de lo que sabe por instrucción o experiencia un bien sistematizado y dinámico sentido común. Las grandes y destructoras guerras, las crisis consecuentes, la pública y cotidiana discusión de los problemas mundiales en la prensa y en la radio; el cine mismo que lo acerca a visiones propincuas y vivientes de los sucesos palpitantes, todo ha contribuido a educar políticamente la conciencia histórica del hombre nórdico europeo.

Paradójico es que en medio de un ambiente confuso, inquietante, cercado de riesgos bélicos que, en este caso asumen dimensiones catastróficas imprevisibles, —y lo subrayo— el hombre nórdico europeo no tenga del futuro una idea melancólica.

Mientras en Estados Unidos se vive un estremecido y casi patológico alarmismo, alimentado todos los días por los más lúgubres augurios, en Europa, y especialmente en la Europa nórdica, más próximo a la zona epicéntrica de las presuntas conmociones, la relativa tranquilidad es resaltante.

Y no es que desdeñen los peligros, ni que se pretenda ignorar que vive el mundo una de sus más graves horas. Es, meramente, que todo ello es visto desde otra perspectiva y, además, que los dirigentes de estos países no tienen mayores intenciones de aprovechamiento de la situación. El político —o el estadista, porque ésta es postura de grandes conductores— de Europa no trafica con el peligro comunista ni pretende identificar al "mundo libre" con los colosales negocios de determinadas grandes empresas. Aquí, la política es predominantemente libre de ese afán de subordinarla a los ingentes intereses del capitalismo. Es, en casi todos los casos, una política de partidos democráticos de izquierda que ven más claro y tienen menos miedo al comunismo porque saben cómo combatirlo. Y el hecho incontrovertible de que aquí el comunismo pierde fuerza, sin que sea necesario perseguirlo, ni ilegalizarlo, ni antagonizarlo con jingoismos que conlle-

van un cavernario fascismo agazapado, da a los pueblos tranquilidad y les ayuda a conformarse un criterio más realista de la problemática internacional.

Este hombre promedial de Europa que eventualmente piensa que al sur del Canadá y los Estados Unidos hay un anchuroso continente y muchas islas formantes de una grande y desarticulada nación, va interesándose más y más en aquella colectividad surgente que divisa como una futura unidad.

Porque el hombre europeo, progresivamente familiarizado con los asuntos del mundo, lo va viendo cada vez menos en función de nacionalidades. Esta es la hora de los continentes y sólo los pueblos-continentes resaltan y asumen prevalencia de primer orden. Curioso es que en las grandes conferencias internacionales de las potencias de Occidente nunca falte Canadá en tanto que los países de Indoamérica —como coristas que cantan detrás de bastidores— nunca parecen. Y Canadá es un dominio de una Comunidad de Naciones de foco y cetro europeo, mientras nuestras repúblicas tienen sus banderas, escudos y, lo que es peor, sus charreteras propias... No me parece raro que si Inglaterra logra formar la Federación de las Indias Occidentales o West-Indies, y hace de ellas un Dominio, las veamos figurar al lado de Canadá como otra nación americana. Y lo merecerían, porque a despecho de que son países con rey foráneo, son democracias con voluntad propia, con elecciones libres, y con más legalidad y respeto por los derechos humanos que muchas de nuestras repúblicas tiranizadas por esos militarismos mercenarios que son la lacra de nuestra democracia y un constante baldón de nuestra dignidad de colectividades cultas.

Pues el hombre medio europeo, y especialmente el nórdico, cuando se asoma a esa para ellos oscura aunque atrayente coyuntura de América que son nuestros países, formulan sus deducciones. Sabe que todos juntos formamos un escenario geográfico de 20 millones de kilómetros cuadrados y que constituimos una nación de 159 millones de habitantes, si no exceptuamos a los pueblos de las West-Indies que están conformados del mismo tipo de mestizaje de gran parte de Indoamérica. Sabe, por otra parte el hombre europeo, que desde México hasta la Patagonia acaso tenemos el suelo más rico del planeta. Sabe

que nos hallamos exentos de mayores diferencias religiosas, o idiomáticas porque pronto nos entendemos, y el castellano, portugués, francés e inglés se inter-entienden y nuestros compatriotas de la Guayana y Antillas que hablan holandés, por alguna de las otras lenguas comunes se acercan a nosotros.

Sobre estos elementos de juicio el europeo formula su pregunta que, —tal queda dicho— es para él una inferencia del más legítimo e incontrastable sentido común.

¿Y por qué no se han unido ustedes?

Por qué teniendo el cercano y aleccionador paradigma de los Estados Unidos del Norte —que fragmentados serían 48 republiquetas manejadas por algunas empresas capitalistas y gobernadas por algunos pintorescos generales a órdenes de aquellas—, por qué no se han unido ustedes?

¿No se percatan que de súbito al federarse los Estados indoamericanos constituirían la nación, acaso, más rica de la tierra y, a poco, la más poderosa?

¿No han tenido ustedes estadistas geniales que hayan podido vislumbrar tan grandioso futuro? ¿Fueron todos ellos de visión pigmea como los reyes balcanicos?

Y este es el tema fundamental, elementalmente lógico para el europeo de sentido común: El escritor Tibor Mende —lo mencioné en una conferencia de la Asociación de Ciencia Política de Estocolmo ante noche— dice en su libro *L'Amérique Latine entre en Escène* que nosotros los latino o indoamericanos carecemos del genio de la organización. Vale decir, que vemos corto. Que nuestros políticos carecen de una perspectiva histórica de gran estilo. Que azuzan unos nacionalismos parroquianos, de banderita, hostiles y aislacionistas, —con fantasía de autosuficiencias— y no abarcan el destino continentalista del mundo por venir ni el destino mundial de nuestro continente federado.

Bien, hay que confesar cuán difícil es responder y explicar.

Pero como las supracitadas cuestiones se repiten cada vez que los problemas latino o indoamericanos se discuten, hay que aprender a replicar un poco como enseñaba Sócrates a sus dialogantes: comenzando por darles la razón. Y en primer término hay que decirles aquello que es verdad: Que no nos faltaron hombres superiores con la clarividencia exacta del camino a seguir. Que todos los próceres